

KERBALA

JACQUES
CHARMELOT

Título original: *Kerbala*

Primera edición: 2015

El mapa de Irak es de Angelo Valenti

© 2011 RCS Libri S.p.A., Milan

© traducción: Miguel Ros, 2015

© de esta edición: Bóveda, 2015

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-15497-87-5

Depósito legal: SE. 1023-2015

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

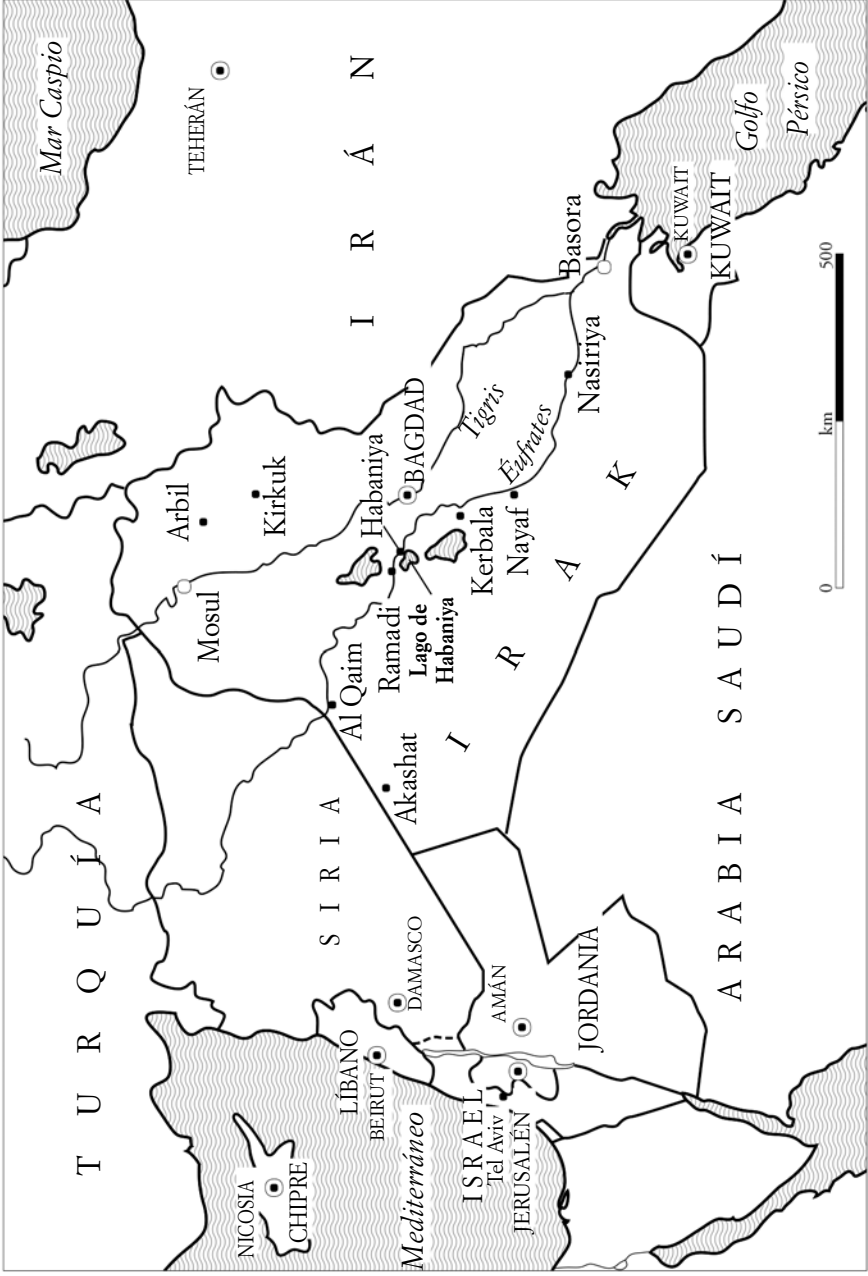
Prólogo	13
Primer día.....	17
Segundo día.....	119
Tercer día.....	191
Cuarto día.....	257
Quinto día	297
Sexto día.....	329
Séptimo día	455
Epílogo	515

*A Georgette y a Charles,
sin ellos no estaría aquí*

KERBALA

*Pecar con el silencio,
cuando se debería protestar a voz en cuello,
convierte a los hombres en cobardes.*

ABRAHAM LINCOLN



PRÓLOGO

Kerbala, 10 de octubre del 680

AL CREPÚSCULO DEL 10 DE OCTUBRE DEL 680, EL DESIERTO de Kerbala está teñido de sangre. Shimr acaba de matar con un golpe de cimitarra a Huseín, el nieto de Mahoma, Mensajero de Alá. Sabe que el califa de Damasco quedará complacido: el jefe de los Omeyas, Yazid, que temía por su trono ante la amenaza del imán rebelde, ahora puede reinar en paz sobre los musulmanes.

Mientras el sol se zambulle tras las orillas del Éufrates, el mercenario con armadura de cuero aferra por el pelo la cabeza recién cortada. Empala en la punta de una lanza el macabro trofeo y lo blande ante las tropas alineadas frente a él. Un clamor triunfante impregna el cielo, donde aún resuenan los lamentos de los caídos en ese día de batalla.

«He matado a Huseín, el hijo de Alí y Fátima, el nieto del Profeta», repite para sus adentros, turbado por su propia audacia.

Los lugartenientes a sueldo del califa se acercan para ser premiados. Shimr reparte en primer lugar la túnica, los panta-

lones y las sandalias de Huseín. Luego concede a los más valientes la capa, el turbante y el anillo. En fin, entrega el escudo y la cimitarra a los más osados. Y cuando la distribución concluye, no queda más que una tablilla de piedra, caída del fajín de terciopelo que Huseín llevara en vida. Shimr, que no sabe leer, se pregunta qué significan las palabras grabadas en el basalto resplandeciente.

PRIMER DÍA

LOS DISPAROS HICIERON AÑICOS EL PARABRISAS DEL BMW estacionado en la explanada abandonada que hacía las veces de aparcamiento para el mercado de la calle Al Kifá. El conductor murió en el acto. Un proyectil se incrustó en el asiento trasero, entre Felix Miller y el contable iraquí. Los dos hombres se echaron al suelo y se escabulleron a rastras de la berlina. Felix perdió de vista a su compañero, engullido al instante por la calle. Comprobó la hora instintivamente: eran las 7:06.

El fragor de las armas automáticas ahogó los ruidos de la mañana bagdadí, y la muchedumbre de transeúntes se dispersó, buscando refugio bajo los pórticos. Las mujeres cargadas de bolsas de la compra se agazaparon frente a las tiendas mientras, a su alrededor, pequeños géiseres de polvo brotaban de las fachadas de hormigón y ladrillo. Un grupo de niños, escondidos detrás de las columnas, desafiaba el fuego para intentar descubrir quién estaba disparando. Los comerciantes gritaban, bajando a toda prisa las persianas, con la esperanza de proteger sus puestos de fruta y verdura. Solo había que esperar a que la tormenta de plomo amainase. Aquello ya era una costumbre.

Desde que los tanques americanos entraran en Bagdad, en abril de 2003, la ciudad se había sumido en el caos.

Felix, antiguo campeón de atletismo, echó a correr a grandes zancadas entre los baches y los charcos de barro. El sudor le bañaba el pelo rubio y surcaba su rostro. Bajo el calor ya tórrido de primera hora de la mañana, la camisa ligera se le adhería a la piel.

En ese ataque no había nada fortuito.

La primera ráfaga, disparada con precisión, tenía como objetivo el BMW. Luego dispararon al Chevrolet blanco, que estaba aparcando a su lado, pero los cristales blindados resistieron. ¿Qué le había pasado a Ned?, se preguntó Felix sin levantar la mirada de la acera destartada. A sus espaldas, el fuego se había intensificado.

El reloj de Felix marcaba las 7:10. Esquivó bruscamente el velo negro de una mujer agazapada en el suelo, que parecía seguir rezando a pesar del infierno, y con el rabillo del ojo distinguió un cibercafé cercano, con las persianas aún a medio levantar. Se coló sin pensárselo dos veces y se sentó a un ordenador ya conectado. No tengo elección, se dijo. Abrió el correo electrónico, escribió cinco palabras y apenas tuvo tiempo para leer la notificación de mensaje enviado. Levantó la cabeza.

Las ráfagas laceraban el aire, y el estruendo se mezclaba con el lamento lúgubre de las ambulancias.

Una vez fuera del local, Felix tuvo la sensación de que alguien le seguía. No se giró, mientras esquivaba a un hombre inclinado sobre su bicicleta. Aún le quedaba una cosa más por hacer. Cogió el móvil y pulsó el botón de rellamada. Tenía que hablar con el contable iraquí, tranquilizarlo, decirle que estaba vivo y que tenían que volver a verse. Le mentiría: «No te preocupes, no iban a por nosotros. Si hubiesen querido matarnos lo

habrían hecho». Como con Frank. Echó un vistazo a la pantalla del móvil: sin cobertura. Lo intentó otra vez.

El primer disparo alcanzó el hombro izquierdo de Felix cuando se disponía a meterse el teléfono en el bolsillo. Se tambaleó, esforzándose por mantener el equilibrio. Empuñando firmemente la Glock con la mano derecha, giró sobre sí mismo y apoyó una rodilla en el suelo. Disparó dos veces, y el hombre que se estaba acercando se desplomó. Le he dado, pensó mientras se levantaba.

Fue entonces cuando un impacto violentísimo en el estómago lo tumbó. El ardor era tan intenso que tenía la sensación de estar partido en dos. Fue consciente de que ya no podía respirar. Sintió el sabor de la sangre llenándole la boca, y al punto su cabeza golpeó contra el asfalto.

Ante los ojos de Felix apareció el velo de la mujer de negro. El reloj le envió por última vez el reflejo digital de un tiempo que estaba a punto de detenerse. Eran las 7:16 en Bagdad, y la muerte había empezado bien el día.

* * *

El centro de operaciones del Servicio Secreto, en la planta baja de la Casa Blanca, estaba rodeado por el halo tranquilizador de las pantallas de vigilancia. Los agentes, con la camisa blanca y los pantalones negros reglamentarios, se movían en silencio. Sentado en su oficina acristalada, Martin Swanson, su jefe, aguardaba. Un reloj electrónico colgado de la pared indicaba que era poco más de medianoche. La fecha había cambiado con un ligero chasquido, y las letras y cifras verdes fosforito señalaban que era jueves 13 de agosto. La tensión de los últimos días —ya son cuarenta, había calculado Martin— estaba grabada en su rostro. La piel negra se torna-

ba gris en las ojeras, y las arrugas, que desde siempre habían marcado sus mejillas, trazaban ahora dos surcos sombríos alrededor de la boca.

Bajo el cono luminoso de la lámpara resplandecía la estrella que Martin llevaba desde que entrara en el Servicio Secreto, hacía ya veinticinco años. Las cinco puntas de la insignia indicaban los cinco principios que debían regir la vida de los agentes encargados de proteger al hombre más amenazado del mundo: las primeras cuatro eran justicia, deber, valor y honestidad. Martin había guardado el arma corta que llevaba en Washington, una compacta Boberg XR9, fácil de esconder. Ningún objeto personal sobre el escritorio, como si quisiera eliminar las imágenes del pasado.

A las 00:12, una señal luminosa empezó a parpadear en la pantalla de uno de los ordenadores. Sin necesitar siquiera descifrar el mensaje recién llegado a la bandeja de entrada, Martin comprendió que su último intento también había fracasado. En Bagdad nada había ido según lo previsto: en condiciones normales, Felix jamás enviaría un correo sin encriptar. Sin duda habría respetado las férreas normas de seguridad. ¿Estaba ya muerto, como Frank? ¿O estaba escondido en algún lugar de la ciudad más peligrosa del mundo? ¿Había logrado descubrir lo que fue a buscar?

Martin escribió una nota de uso interno para pedir a su segundo, Tom McKerry, de que tomase el control del Servicio durante una semana, y dejarle las órdenes. Metió la Boberg en la pistolera y cogió la insignia, la estrella cuya quinta punta le exigía lealtad.

Se levantó, introduciéndose una carpeta con el sello TOP SECRET en el bolsillo interno de la chaqueta gris. Luego cogió de la estantería un libro encuadernado en piel azul. «Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo: tú vas conmigo; tu

vara y tu cayado me sosiegan», susurró, aferrando la Biblia con la mano robusta.

* * *

Charles abrió los ojos de par en par, preguntándose cuál de sus pesadillas lo había arrancado del sueño. A veces, sin previo aviso, salían del redil de la memoria y empezaban a galopar por su pecho, dejándolo aturdido y sin aliento. La voz lacerante de Fairuz, que lo había mecido hasta el amanecer, llenaba ahora la habitación protegida por las pesadas cortinas. *Habaytak bisayf, habaytak be sheti*, cantaba la diva libanesa. *Te amé en verano, te amé en invierno*.

Se sentó al escritorio de la habitación del hotel donde se refugiaba desde hacía un año, en el corazón de una ciudad naufragada. Se inclinó sobre el portátil, sumido en el desorden, entre libros a medio leer y páginas apenas esbozadas. Buscó la sonrisa luminosa de Marine, impresa en los recuerdos indelebles de un archivo digital: la única mujer a la que podría haberle dicho «para siempre». Pero no tuvo tiempo, ella se marchó antes.

Charles bebió un sorbo de *whisky* y se zambulló en el confort de la nostalgia: quería sentir una vez más la ausencia de Marine. Miró fijamente sus ojos negros y sonrientes, en una de las últimas fotos que le echó en París, cuando el frío ya había llegado para quedarse. *Nartartak bisayf, nartartak be sheti*. *Te esperé en verano, te esperé en invierno*, cantaba Fairuz.

Era demasiado pronto para beber, y Charles fue a vomitar, metiendo la cabeza en la taza del váter con un tremendo retortijón en el estómago. Fueron los pasos impetuosos y las llamadas por los pasillos del hotel Manara lo que le espabilaron. Fairuz seguía cantando, *We aoyonak bisayf, we aoyoni she-*

ti. Tus ojos son el verano, mis ojos son el invierno. Pero las voces, fuera, le azuzaban para darse prisa. Bagdad se había despertado furiosa, y no convenía hacerla esperar.